

DESPOBLACIÓN EXTREMA EN LAS ZONAS DE MONTAÑA
EN LA ESPAÑA RURAL: UN ESTUDIO DE CASO DE ARA-
GÓN EN LOS SIGLOS XIX Y XX



FERNANDO COLLANTES Y VICENTE PINILLA

Collantes, F., Pinilla, V. (2025). Despoblación extrema en las zonas de montaña en la España rural: Un estudio de caso de Aragón en los siglos XIX y XX. En F. Collantes, V., Pinilla, L. A. Sáez (editores), *Despoblación y desarrollo rural. 25 años de investigación desde el CEDDAR* (pp. 55-85). Publicaciones de Rolde de Estudios Aragoneses / Centro de Estudios sobre la Despoblación y Desarrollo de Áreas Rurales.

https://www.roldedeestudiosaragoneses.org/wp-content/uploads/Libro-CEDDAR-25-anos_03_Collantes-Pinilla_55-85.pdf

Publicación original:

Collantes, F., Pinilla, V. (2004): «Extreme Depopulation in the Spanish Rural Mountain Areas: A Case Study of Aragon in the Nineteenth and Twentieth Centuries», *Rural History*, 15 (2), pp. 149-166.

Corría el verano de 1994 cuando uno de nosotros, Vicente Pinilla, unió fuerzas con José Luis Acín para dirigir un curso de verano sobre pueblos abandonados. Formaba parte del programa de cursos extraordinarios de la Universidad de Zaragoza y tuvo lugar en Jaca. Para Vicente, fue un paso importante porque estaba iniciando una nueva línea de trabajo centrada en la historia económica de la despoblación rural en Aragón. El curso reunió a investigadores de diversas disciplinas, cuyos trabajos terminaron siendo publicados en un libro colectivo el año siguiente: Pueblos abandonados: ¿un mundo perdido? (Rolle de Estudios Aragoneses, 1995). Uno de aquellos investigadores fue Rafael Domínguez, profesor de la Universidad de Cantabria que había sido invitado para hablar sobre la despoblación de la montaña cantábrica. Por entonces, el otro autor del texto que presentamos a continuación, Fernando Collantes, se disponía a comenzar sus estudios de Economía en esa universidad. Allí conocería a Rafael Domínguez y, al concluir la licenciatura, le plantearía a este la posibilidad de realizar una tesis doctoral bajo su dirección. ¿Cuál podría ser el tema? Rafael Domínguez pensó que aquella vía que Pinilla le había abierto unos años atrás en el Pirineo oscense podía dar juego. Tres años después, cuando Fernando ya tenía avanzada su tesis doctoral sobre la despoblación de la montaña española, recaló en la Universidad de Zaragoza, precisamente para sustituir temporalmente a Vicente mientras este ocupaba el cargo de vicerrector. Confluieron entonces las líneas de investigación que ambos habíamos ido cultivando en paralelo. El texto que sigue fue el primero de los varios que escribiríamos juntos a lo largo de los siguientes años. En

él se combinan las perspectivas de la montaña aragonesa y española para mostrar a una audiencia internacional lo que consideramos un caso temprano y extremo de despoblación rural.

INTRODUCCIÓN

Entre 1860 y 1991 la población española se multiplicó 2,5 veces, aunque este crecimiento medio esconde una gran diversidad: así, mientras la población de las zonas de montaña experimentó un retroceso del 21 %, en el resto de las zonas rurales creció un 34 % y la población urbana aumentó un espectacular 574 %. De esta forma, si la población de las zonas de montaña representaba a mediados del siglo XIX un 27 % del total español, para una superficie que suponía un 38 % del territorio español, a finales del siglo XX dicha población había quedado reducida a solo un 9 % (Collantes, 2001a: 204).

Si bien la práctica totalidad de la montaña española comparte como un rasgo común su declive demográfico en los últimos 150 años, la intensidad, ritmo y cronología del proceso han sido muy variados (Collantes, 2003). Para nuestro estudio hemos elegido las zonas de montaña de la actual Comunidad Autónoma de Aragón, caracterizadas por haber sufrido uno de los retrocesos poblacionales más importantes, hasta el punto de que en la actualidad Aragón tiene la decimotercera densidad de población más baja entre las 210 regiones NUTS-II de la Unión Europea. En el caso de la montaña aragonesa, su población se ha reducido entre 1860 y 2000 en un 56 %, siendo hoy la densidad de población de 5,6 habitantes por kilómetro cuadrado. Esta extrema despoblación, que se ha producido sobre todo a lo largo del siglo XX, ha supuesto también que un elevado número de pueblos de los Pirineos hayan quedado completamente deshabitados (Acín y Pinilla, 1995) o que en las sierras del Sistema Ibérico el viejo sistema de poblamiento disperso nucleado en torno a los «mases», unidades familiares de producción y residencia, haya también quedado totalmente desarticulado y su inmensa mayoría también deshabitados (Ruiz, 1998).

Por ello, nuestro caso de estudio puede ser paradigmático para entender los problemas a los que se enfrentaron las zonas de montaña durante un periodo que coincide con la industrialización española a lo largo de los siglos XIX Y XX.

Aragón está dividido en tres provincias: Huesca, Teruel y Zaragoza. Dos grandes sistemas montañosos atraviesan su territorio: los Pirineos en el norte (provincia de Huesca) y el Sistema Ibérico en el sur (provincia de Teruel y suroeste de la provincia de Zaragoza). En el centro se extiende el Valle del Ebro (Zaragoza, sur de Huesca y noreste de Teruel). La montaña supone en consecuencia hasta el 40 % del territorio aragonés, de acuerdo con los criterios delimitativos legales actualmente vigentes en España (Gómez Benito *et al.*, 1987: 19-20) (véase mapa 1 y cuadro 1).

MAPA 1. ZONAS DE MONTAÑA EN ARAGÓN



Fuente: elaboración propia.

CUADRO 1. CONDICIONANTES ECOLÓGICOS

	Pirineo	Sistema Ibérico	Total montaña española
Altitud media (metros)	1.256	1.308	1.075
Pendiente media (%)	24,9	8,8	16,5
Índice de humedad	1,67	0,86	1,33

Pensamos que la despoblación de las áreas de montaña de Aragón solo puede entenderse en el marco de las transformaciones económicas que tuvieron lugar en los países occidentales europeos y cuyo eje central fue el proceso de industrialización y crecimiento económico moderno que estos experimentaron. La cuestión clave reside en entender cómo se encajan estas áreas de montaña en el desarrollo capitalista español. Nuestro planteamiento es que el desigual crecimiento económico espacial que produjo dicho proceso de desarrollo, y el escaso papel que en él tuvieron estas zonas de montaña, así como la crisis de su economía tradicional, explican que su integración en la nueva economía de mercado se produjese sobre todo como reservas de mano de obra y de recursos naturales, básicamente de energía, antes que como oferentes o demandantes de productos. Esta inserción como proveedores de trabajadores para las ciudades con mayor crecimiento, implicó que, cuando surgieron en estas oportunidades laborales, se activara un intenso proceso migratorio que vació demográficamente la montaña.

Esta hipótesis es coherente con planteamientos teóricos que se han realizado para explicar por qué el proceso de industrialización en Europa se tradujo en un incremento de las desigualdades económicas espaciales. La polarización espacial de la actividad económica se produce en la medida que las condiciones tecnológicas, y particularmente la tecnología del transporte, permita el aprovechamiento de las economías de escala (Perroux, 1988; Krugman, 1997). Desde este punto de vista, la montaña española partía ya de una situación desfavorable por su relativamente baja densidad demográfica, su alejamiento de los principales

mercados urbanos y el alto coste del transporte dado su relieve y malas infraestructuras. El proceso de crecimiento desigual tuvo además un carácter acumulativo, que tendió a reforzar los núcleos donde se había iniciado la industrialización. Lógicamente la existencia de ventajas comparativas, o la ausencia de ellas, ha podido jugar también un papel relevante en dicho proceso de polarización.

Estos procesos no tienen sin embargo un carácter necesariamente irreversible. Desde el punto de vista de la economía política evolutiva (Veblen, 1998; Hodgson, 1993), interesa también analizar cuál fue la reacción que desde las zonas de montaña tuvo lugar ante un cambio tan radical en el sistema económico que implicaba el proceso de industrialización y crecimiento económico moderno (Collantes, 2001b). Para ser exitosa, esta reacción necesitaba una complementariedad entre zonas de montaña y núcleos urbanos en expansión que ejercieran efectos de difusión del desarrollo (Myrdal, 1957; Hirschman, 1958). En el caso que examinaremos comprobaremos un resultado paradójico: si bien la adaptación de la economía de la montaña aragonesa a las nuevas condiciones ha permitido una convergencia en niveles de renta per cápita con las zonas más desarrolladas, no generándose bolsas de subdesarrollo, ello se ha hecho con el coste de una sustancial reducción del tamaño de su población. Es decir, la convergencia en renta ha exigido una creciente divergencia en población. Por ello plantearemos las razones que explican esta dificultad de la montaña para una integración más exitosa en el nuevo sistema económico.

El esquema que vamos a seguir en la exposición consistirá en comenzar explicando la magnitud y cronología del proceso de despoblación. A continuación plantearemos las características de la crisis de las economías tradicionales de montaña en el nuevo marco del desarrollo capitalista. Seguiremos con las respuestas de estas zonas frente a la crisis y los obstáculos a los que se enfrentaron. Por último, analizaremos las causas del declive demográfico y económico de la montaña aragonesa y concluiremos con unas conclusiones generales.

1. LA DESPOBLACIÓN: MAGNITUD Y CRONOLOGÍA

La pauta de desarrollo pausado seguida por la economía española a lo largo de los siglos XIX y XX (Nadal, 1975; Prados de la Escosura, 1988; Tortella, 1994; Comín *et al.* eds., 2002) ha determinado un declive demográfico igualmente pausado de sus zonas de montaña. Como otras economías del sur de Europa, España se encontraba en el siglo XIX rezagada respecto a países como Gran Bretaña, Alemania o Francia. Los indudables avances del periodo, que posibilitaron el establecimiento de bases institucionales (con la paulatina consolidación de un orden basado en los principios liberales) y tecnológicas (a través de la absorción de capitales, innovaciones y proyectos empresariales extranjeros, básicamente británicos y franceses) para el llamado «crecimiento económico moderno» (Kuznets, 1966), no estrecharon la brecha producida ya a finales del primer tercio del siglo XIX respecto a los líderes europeos, ni tampoco supusieron una aceleración decidida de cambios estructurales como el aumento de las tasas de urbanización y el trasvase de población desde la agricultura hacia la industria y los servicios. Durante el primer tercio del siglo XX, estos cambios estructurales adquirieron una mayor velocidad, pero no hasta el punto de generalizarse a todas las regiones del país. La llegada al poder del general Franco en 1939 después de tres años de cruenta guerra civil, con el consiguiente aislamiento del Régimen desde la derrota de las potencias fascistas en 1945 y la puesta en práctica de una política autárquica, frenó buena parte de las inercias positivas de la economía española contemporánea. Solo tras el abandono de la versión más extrema de dicha política económica, a partir de la década de 1950 y, especialmente, a partir de las reformas acometidas en el Plan de Estabilización de 1959 y el reintegro de España al ámbito político y económico de Occidente como consecuencia del agudizamiento de la guerra fría, la economía española pudo beneficiarse de la extraordinaria coyuntura internacional y completó su camino hacia la industrialización, registrando de manera definitiva (y

generalizada a todas las regiones) el descenso de la población agraria y la tendencia a la despoblación de las áreas rurales del país.

Las zonas de montaña, como parte significativa del medio rural español, han participado a grandes rasgos de esta cronología y, en su conjunto, solo se despoblaron durante la segunda mitad del siglo XX, mostrando hasta entonces un perfil demográfico levemente expansivo. Sin embargo, en la montaña aragonesa la década de 1950 no supuso más que la aceleración de un proceso de despoblación que ya estaba en marcha: el Pirineo venía perdiendo población desde mediados del siglo XIX y el Sistema Ibérico desde comienzos del siglo XX (cuadro 2). Este contraste de las tasas negativas de crecimiento de la población de la montaña aragonesa con el suave incremento del conjunto de la montaña española, o el rapidísimo crecimiento medio español, es por lo tanto una singularidad importante. En cualquier caso, la regresión poblacional del Pirineo y el Sistema Ibérico aragoneses en el periodo crítico 1950-1970 fue también más acentuada de lo habitual en la montaña española. En las últimas tres décadas, el Pirineo ha ralentizado su proceso de despoblación, pero el Sistema Ibérico sigue envuelto en un declive incontestable que le ha llevado a perder el 70 % de su población en los últimos 140 años (la media de la montaña española es del 33 %, y el Pirineo ha perdido el 45 %).

Como consecuencia de estos acontecimientos, la montaña aragonesa, que ya tenía unas densidades de población reducidas a mediados del siglo XIX (en torno a los 13 habitantes por km²) es hoy en día un desierto demográfico; en el Sistema Ibérico, por ejemplo, ni siquiera se alcanza el umbral de los 4 habitantes por km². Para aproximarnos a las razones de este proceso de despoblación, hemos procedido en dos fases: primero, analizar la crisis de la economía de montaña tradicional en el siglo XIX; y, segundo, comprender las causas por las cuales los intentos de adaptación a la nueva situación mostraron tan poca capacidad de retención demográfica.

CUADRO 2. VARIABLES DEMOGRÁFICAS

	Pirineo	Sistema Ibérico	Total montaña española
Variación demográfica			
1860-1900	-0,4	0,1	0,0
1900-1950	-0,1	-0,3	0,2
1950-1970	-1,8	-2,4	-1,2
1970-2000	-0,1	-2,0	-1,0
Índice 2000 (1860 = 100)	55	30	67
Tasas migratorias (tantos por mil)			
1860-1900	-6,7	-8,3	-5,5
1900-1950	-6,2	-10,6	-7,2
1950-1970	-21,9	-29,6	-22,3
1970-1991	-3,7	-22,8	-12,4
Densidad de población (habitantes por km²)			
1860	12,8	12,8	21,6
1900	10,9	13,0	21,9
1950	10,5	11,1	24,6
1970	7,4	6,9	19,4
2000	7,1	3,8	14,4
Migración temporal (% sobre población de hecho)			
1887	-5,1	-4,2	-2,8
1930	-8,1	-6,1	-6,3
1960	+0,5	-5,9	-3,6
1991	+12,7	-22,9	-2,3

2. LA CRISIS DE LA ECONOMÍA TRADICIONAL DE LA MONTAÑA

El modelo económico tradicional de la montaña aragonesa compartía dos características con los modelos habituales en otras zonas de

montaña españolas y europeas (McNeill, 1992: 105): en primer lugar, no se trataba de una economía autárquica, dado que las relaciones con otros territorios (en la esfera de los productos y/o de los factores de producción) eran esenciales para la reproducción del modelo; y, en segundo lugar, se trataba de una economía atravesada por el fenómeno de la pluriactividad campesina, en el marco de la cual se articulaban las principales bases del modelo (cuadro 3). Estas bases eran cuatro: la ganadería ovina trashumante, la producción agrícola para el autoconsumo, la manufactura lanera dispersa y la emigración estacional de algunos miembros de la familia. La implantación en España de un marco institucional liberal a lo largo del siglo XIX se va a traducir, por diversas vías, en dificultades crecientes para el mantenimiento de algunas de estas actividades y, eventualmente, en el desmantelamiento de las bases sobre las que se sustentaba la vida económica de estas zonas. Es importante destacar que la crisis de estas economías no se va a producir como consecuencia de que el fallo de alguna de estas bases cuestionara el sistema en su conjunto (McNeill, 1992: 145), sino que, con cierto carácter de simultaneidad, todas ellas (con la matizada excepción de la emigración temporal) tuvieron graves problemas que acabarían con su viabilidad. En este sentido, existen claros paralelismos entre el modelo económico tradicional (incluyendo su eventual crisis) de estas zonas de montaña españolas y otras de los Alpes franceses o italianos (Audenino, 2000; Granet-Abisset, 2000).

**CUADRO 3. ESTRUCTURA DE LA POBLACIÓN OCUPADA
POR SECTORES DE ACTIVIDAD**

	Pirineo	Sistema Ibérico	Total montaña española	España no montañosa
Sector primario				
1887	83	79	85	67
1981	30	44	41	14
1991	18	33	28	9
Sector terciario				
1887				
1981	38	21	28	49
1991	51	31	37	55

El impacto más traumático fue probablemente el relacionado con la ganadería ovina trashumante, en la medida en que esta era tradicionalmente la principal forma de participación de la montaña aragonesa en la división del trabajo que se desarrollaba a escala nacional y europea. En Aragón, la trashumancia permitía una cierta complementariedad entre las economías del llano y de la montaña (en el caso del Pirineo), o entre sus zonas de montaña y otros territorios del interior peninsular o de Levante (en el caso del Sistema Ibérico). Además, la importancia de la principal producción que se obtenía de esta actividad, la lana, en las sociedades preindustriales, confería a estas zonas un papel destacado que impide considerar sus economías como marginales o poco desarrolladas antes del siglo XIX.

¿Por qué se produjo la crisis de la trashumancia? Durante el siglo XIX operaron de manera simultánea factores tanto de oferta como de demanda. Por el lado de la oferta, las transformaciones económicas e institucionales registradas por la economía española desbarataron algunas de las condiciones de existencia de la trashumancia: si la actividad se apoyaba en la baja densidad demográfica de las zonas de invernada

del ganado (las llanuras) y en un conjunto de derechos y privilegios que impedían la dedicación a otros usos productivos de dichas tierras de invernada, el crecimiento demográfico de las zonas llanas y la reforma agraria liberal provocaron la decadencia del sistema trashumante. La reforma agraria liberal supuso la desaparición de los citados derechos y privilegios (y de las principales instituciones encargadas de velar por ellos, la ancestral Mesta en Castilla o los Ligallos de Ganaderos en Aragón) y el lanzamiento de un intenso proceso privatizador de tierras hasta entonces propiedad de los pueblos, el Estado, la Iglesia u otras instituciones, al tiempo que la presión roturadora sobre los pastos de invernada se intensificaba en el marco del crecimiento demográfico y de las nuevas potencialidades que una demanda urbana en expansión creaba para las agriculturas del llano (Iriarte, 2002). En consecuencia, los precios de alquiler de estos pastos pudieron llegar a alcanzar el 80 % del coste total de la actividad ganadera trashumante. El fantasma de los «beneficios estrangulados» se hizo presente porque los factores de demanda tampoco acompañaron: el desarrollo de la industria algodonera despojó a la lana de la posición de que gozaba en las sociedades preindustriales y la articulación progresiva de un mercado internacional de productos agrarios supuso para estas zonas una pérdida de ventajas comparativas en la producción de lana frente a nuevos productores en otros continentes. La trashumancia tradicional había dejado de ser viable (cuadro 4).

CUADRO 4. EVOLUCIÓN DE LA CABAÑA GANADERA

	Pirineo	Sistema Ibérico	Total montaña española	España no montañosa
Densidad ganadera total (unidades ganaderas por km²)				
1865	12,6	14,2	17,3	15,6
1917	10,4	9,3	14,3	13,0
1982	9,6	6,8	13,2	20,5
1999	15,7	10,5	18,3	32,9
% bovino				
1865	22	8	37	27
1917	24	7	41	33
1982	26	12	51	33
1999	24	15	48	27
% ovino				
1865	44	58	30	27
1917	43	60	26	24
1982	35	65	19	16
1999	30	49	17	14
% porcino				
1865	8	7	12	16
1917	6	11	12	15
1982	22	16	17	29
1999	39	31	18	33

Los ritmos de la crisis no fueron coincidentes en el Pirineo y en el Sistema Ibérico. En este último caso, la importante distancia a recorrer por los rebaños (por parte de aquellos que trashumaban a la mitad meridional del país) y los serios problemas para la comercialización exterior de la lana fina merina obligaron no solo a un reajuste del tamaño de la cabaña, sino también al paso a un régimen semiestabulado y a la susti-

tución de la raza merina por razas más rústicas de aptitud cárnica. En el Pirineo, la mayor proximidad de los invernaderos y la preponderancia previa de razas más austeras retardaron la incidencia de la crisis, pero la trashumancia fue convirtiéndose en una actividad cada vez menos central a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del XX, recibiendo su golpe de gracia a partir de 1950 a manos de la escasez crónica de pastores (ante la aparición de nuevas alternativas laborales en las ciudades y la consiguiente despoblación) y la reestructuración interna (en detrimento del ovino) de la cabaña nacional para dar respuesta al tirón de demanda de carne de otras especies provocado por el aumento de los niveles medios de renta per cápita.

Mientras la trashumancia iba hundiéndose, la agricultura de subsistencia tradicional también atravesaba sus propias dificultades. Se trataba de una agricultura de bajo rendimiento, practicada (al igual que en otras zonas de montaña) en condiciones ecológicas poco propicias. Una prueba indirecta de las escasas potencialidades agrícolas de estos territorios es la débil presión ejercida por los distintos grupos sociales para privatizar espacios públicos en el marco de la reforma agraria liberal (Piniella, 1995; Grupo de Estudios de Historia Rural, 1994; Iriarte, 2002). La privatización afectó probablemente a menos del 10 % de las superficies públicas de la montaña aragonesa (frente al 54 % de la España no montañosa). El espacio ocupado por las actividades agrícolas era mayor en el Sistema Ibérico que en el Pirineo en razón de sus menores pendientes, pero, en cualquiera de los dos casos, el retroceso ha sido claro. Estas agriculturas de montaña se enfrentaron a problemas cuando se incrementó la especialización en otras zonas con mejor dotación ecológica y cuando fue posible además realizar los correspondientes intercambios a costes razonables; paralelamente, la propia despoblación indujo la reducción de tamaño de una agricultura en buena medida volcada hacia el consumo comarcal. El abandono de superficies agrícolas se produjo entonces comenzando por aquellas que implicaban mayores costes de produc-

ción o cuyos cultivos estaban más alejados del óptimo ecológico. Así, los tres cultivos principales de la agricultura española (cereales, olivar y viñedo) ocupan hoy día apenas el 17 % del espacio agrario del Sistema Ibérico y el 6,5 % del espacio agrario pirenaico, cuando en la España no montañosa ocupan casi el 40 %.

La tercera de las bases de la economía de montaña tradicional, la industria textil dispersa, también entró en crisis como consecuencia de su incapacidad para competir con la industria moderna. La diversificación que había presidido la economía de estas comarcas durante el Antiguo Régimen se convirtió en ruralización y desindustrialización (Peiró, 2001). Las dificultades para competir con la nueva industria moderna, la excentricidad y aislamiento geográficos y la ausencia de una política de obras públicas que ejerciera como factor compensador llevaron a la ruina del textil tradicional lanero. La crisis fue particularmente fulminante en el Sistema Ibérico, cuya industria se orientaba a mercados extrarregionales pero entró en declive desde finales del siglo XVIII. En el Pirineo, el mercado era de radio más local y la desaparición de la industria tradicional era ya prácticamente total a mediados del siglo XIX.

Finalmente, la migración temporal de algunos miembros de la familia campesina era un elemento equilibrador imprescindible, más si cabe en el marco del paulatino declive de la trashumancia o la manufactura lanera (véase cuadro 2). La migración temporal liberaba al sistema productivo local de alimentar durante algunos meses (aproximadamente los seis meses de otoño e invierno) a un porcentaje nada despreciable de la comunidad y suponía una inyección de recursos para las economías familiares, en especial si se complementaban los ingresos salariales obtenidos en destino con ingresos derivados del contrabando transfronterizo. Esta opción, lógicamente, solo existía en el Pirineo, buena parte de cuya emigración temporal se canalizaba hacia Francia; en el Sistema Ibérico, el desplazamiento se producía más bien hacia las zonas agrícolas del sur del país (en especial, hacia las zonas olivareras, cuyo periodo

de recolección se sitúa en el invierno). Ahora bien, cuanto mayor era la dependencia adquirida por las economías campesinas de este cuarto pilar del modelo tradicional, mayor era la preparación que adquirían sus miembros para lanzarse a una emigración de tipo definitivo.

En suma, la crisis de la economía tradicional de montaña obligaba a buscar alternativas mejor adaptadas al nuevo escenario. En caso contrario, el principal factor regulador de la despoblación pasaría a ser el ritmo de expansión de dichas alternativas en otros lugares, básicamente en los núcleos urbanos en que se concentraba el crecimiento económico. A continuación examinamos los (importantes) obstáculos a que se enfrentó la elaboración de respuestas productivas novedosas y, en el apartado posterior, los comparamos con los (reducidos) obstáculos a que se enfrentó la elaboración de una respuesta migratoria.

3. LOS INTENTOS DE ADAPTACIÓN AL NUEVO ESCENARIO: POTENCIALIDADES Y OBSTÁCULOS

La sociedad de las zonas de montaña no fue insensible al progresivo deterioro de su economía tradicional y buscó vías para tratar de solventar sus problemas adaptándose a las nuevas circunstancias. Paralelamente, estas ofrecían algunas de esas posibles vías, en la medida en que algunos recursos y potencialidades de la montaña cobraban nuevo valor en una economía en proceso de industrialización. Sin embargo, los resultados fueron modestos, ya que las transformaciones experimentadas implicaron una reducción de los tamaños demográfico y económico de estas comunidades.

Las principales potencialidades de readaptación se localizaban en cuatro áreas económicas: la ganadería, la producción maderera, la producción minero-energética y la función turístico-residencial. La reorientación de la cabaña ovina (hacia la producción de carne y sistemas menos

extensivos que el trashumante) fue seguida, ya durante la segunda mitad del siglo XX, por una cierta tendencia a la sustitución de ganado ovino por ganado vacuno orientado también hacia la producción de carne. Paralelamente se produjo la aparición de algunos focos de ganadería porcina intensiva. Estos cambios vinieron inducidos por la expansión de la demanda de proteínas animales que a nivel nacional se registró a partir de la década de 1960. De hecho, durante estos años se gestó en España el paso a un modelo de ganadería menos dependiente del suelo y menos intensivo en factor trabajo (en el contexto de la acelerada despoblación del medio rural) que relegó a un segundo plano al ganado ovino en favor del vacuno y, sobre todo, en favor del porcino y las aves (Domínguez, 2001; Naredo, 1996). Pero las transformaciones fueron poco profundas: en el Sistema Ibérico, el bajo índice de humedad limitaba mucho las posibilidades de sustituir ovino por vacuno, y el ovino representa aún hoy día casi la mitad de la cabaña ganadera (cuando la media nacional está en torno al 15 %); en el Pirineo, con mayores índices de humedad, el vacuno ha tenido tradicionalmente una mayor presencia pero, a pesar de haber atravesado los cambios recientes del sector con mejor fortuna que el ovino, sigue hoy día sin remplazarlo como especie predominante de la cabaña: tal función ha sido recientemente cumplida por el porcino, que, pese a todo, no registra densidades superiores a la media nacional. Asimismo, estas tendencias ganaderas vinieron acompañadas por una reorientación agrícola, en el sentido de especializar las tierras más aptas para el cultivo (una pequeña fracción del total antes cultivado) en la producción de alimentos para el ganado semiestabulado. Pero el incremento de la superficie dedicada a forrajes no compensó en absoluto el retroceso de las superficies dedicadas a cereales u otros cultivos. ¿Podía, en estas condiciones, el sector ganadero convertirse en un «sector pautador» (demográficamente hablando)? La respuesta es negativa: pese a que la crisis de la trashumancia no supuso la desaparición de las actividades ganaderas, la montaña aragonesa no pudo especializarse

por las razones expuestas en las producciones más demandadas por un mercado nacional en expansión (véase cuadro 4).

En segundo lugar, las potencialidades forestales del Pirineo y el Sistema Ibérico estaban fuera de toda duda. La producción de madera incrementó su importancia en el marco de la industrialización del país, especialmente allí donde existían comunicaciones adecuadas para dar salida a esta producción de forma eficiente, superando los altos costes y rigideces de los medios de transporte tradicionales. En aquellos lugares con peores dotaciones de infraestructuras, los costes de transporte superaban con creces el valor de la materia prima y la explotación siguió estando muy limitada tanto en términos geográficos como cuantitativos, por lo que continuó en buena medida vinculada a la satisfacción de las necesidades locales. En cualquier caso, la abundancia de madera no indujo el establecimiento de una industria transformadora potente, primando las actividades dedicadas al corte y al traslado de la materia prima (pese a que, a partir de la segunda década del siglo XX, tuvo cierta significación la instalación de algunas serrerías). En consecuencia, la capacidad de la explotación maderera para generar encadenamientos sobre otros sectores de la economía local fue muy reducida. Incluso cuando, ya en la década de 1950, las comunicaciones mejoraron y los camiones remplazaron definitivamente a los sistemas tradicionales, el incremento del negocio no siempre redundó en beneficio de las poblaciones locales porque la necesidad de asumir inversiones iniciales de cierta consideración bloqueaba algunas de sus posibles iniciativas empresariales al mismo tiempo que se volvía viable (con la mejora de las comunicaciones) la instalación de las serrerías en los mercados de consumo (las grandes ciudades) o, al menos, en las cabeceras comarcales de las tierras bajas.

Por encima de las potencialidades ganaderas o madereras, quizás el principal atractivo de la montaña aragonesa en el contexto de una economía española en proceso de industrialización fue su potencialidad en el campo energético (cuadro 5).

CUADRO 5. LA ESPECIALIZACIÓN ENERGÉTICA

	Pirineo	Sistema Ibérico	Total montaña española	España no montañosa
Potencia eléctrica instalada (kilowatios por km²)				
1920	3,7	-	1,5	0,4
1944	18,1	0,1	5,2	2,8
1962	35,2	7,9	18,7	11,4
1980	60,9	38,7	44,1	62,8
1998	131,8	29,7	84,2	96,5
Producción de carbón (miles de toneladas equivalentes de carbón por 100 km²)				
1934	-	0,8	3,0	0,7
1950	-	2,1	5,9	1,3
1965	-	4,7	7,8	1,5
1981	0,1	15,6	9,7	3,7
1988	-	7,5	8,1	3,4

Dos de las fuentes de energía clave en el desarrollo de las economías contemporáneas, el carbón y la electricidad, han sido objeto de explotación en la montaña aragonesa. El Pirineo, por sus características naturales (en especial, sus pronunciadas pendientes, próximas al 25 % como media), iba a convertirse ya a lo largo del primer tercio del siglo XX (antes, por tanto, de la gran expansión del sector a escala nacional) en lugar privilegiado para la construcción de saltos de agua generadores de energía eléctrica. El destino de esta energía fueron los focos de industrialización vascos y catalanes (que normalmente han recibido más del 50 % de la producción total), y más adelante la capital aragonesa (Zaragoza) (Germán, ed., 1991). Los efectos de esta especialización hidroeléctrica fueron diversos. Durante la construcción de los embalses, buena parte de los puestos de trabajo fueron cubiertos por inmigrantes temporales procedentes del sur del país, y las poblaciones locales se vieron en algunos casos literalmente expulsadas al ser nece-

sario inundar algunos núcleos de población o sus tierras de cultivo más fértiles situadas en los fondos de los valles (Herranz, 1995). Una vez en marcha la explotación eléctrica, sus efectos de arrastre hacia adelante sobre actividades industriales fueron esporádicos: hasta la década de 1950, el diferencial de precios eléctricos en favor de la instalación a pie de salto incentivó el surgimiento de un complejo electroquímico en el núcleo pirenaico de Sabiñánigo; a partir de entonces, la unificación de tarifas eléctricas decretada por la Administración anuló esta ventaja que, de todos modos, tampoco había proporcionado por sí sola resultados espectaculares en el pasado, con la notable excepción ya citada de Sabiñánigo. Y, a lo largo de todo el periodo, la repercusión demográfica de la especialización eléctrica fue en general reducida al tratarse de una producción poco intensiva en factor trabajo.

El carbón, por su parte, fue explotado en el Sistema Ibérico. Al tratarse de una producción más intensiva en factor trabajo, esta actividad ha tenido impactos demográficos más acentuados que el sector hidroeléctrico en el Pirineo, pero conviene aclarar que estos impactos se han desarrollado a escala local y no han alterado significativamente la trayectoria demográfica del conjunto de la zona (como sí ocurrió en las cuencas montañosas del noroeste de España).

CUADRO 6. LA FUNCIÓN TURÍSTICO-RESIDENCIAL

	Pirineo	Sistema Ibérico	Total montaña española	España no montañosa
Crecimiento del número de viviendas				
1950-1991	1,8	0,3	0,8	2,1
Coeficientes de intensidad turística (España = 100)				
1963	55	7	23	107
1999	247	87	68	101

En último lugar, y después de una reconversión ganadera débil y de la incapacidad para generar efectos de arrastre significativos a partir de recursos naturales como la madera, el agua o algunos minerales, la función turístico-residencial se ha erigido durante la segunda mitad del siglo XX en uno de los sectores clave de las economías de montaña aragonesas (cuadro 6). En España el turismo interior se vio estimulado en torno a 1960 por los aumentos de la renta per cápita nacional, al tiempo que se registraba una afluencia masiva de visitantes extranjeros. En este primer momento, el litoral mediterráneo fue el gran protagonista de la expansión del turismo en España. Las zonas rurales y de montaña han necesitado algunas décadas para acaparar cuotas de mercado significativas. En la montaña aragonesa, la capacidad del turismo para inducir desarrollo económico local (aprovechando la calidad y cantidad de espacios naturales y recursos paisajísticos existentes) no comienza a ser palpable hasta la década de 1970, convirtiéndose a partir de entonces en una actividad muy significativa en las economías comarcales. Ahora bien, si el Pirineo muestra hoy día un grado de especialización turística superior a la media nacional (y un porcentaje de empleos en el sector terciario próximo a la media nacional), esto se debe a la implantación de un modelo turístico fordista basado en la explotación recreativa de la nieve. Este modelo, aunque siempre ha coexistido con otro más orientado hacia el excursionismo y el disfrute de la naturaleza, ha sido decisivo a la hora de inducir una expansión del parque residencial más intensa de lo que ha sido habitual en la montaña española. Y el desarrollo de esta función residencial se refleja en un saldo de migraciones temporales positivo por primera vez en la historia: de los campesinos pirenaicos que vivían durante el invierno en Francia se ha pasado a los habitantes urbanos que viven durante el invierno (o, al menos, durante ciertas partes del mismo) en el Pirineo, replicando así una pauta también presente en otras zonas de montaña europeas (Quaini, 2000; Godde *et al.*, eds., 2000). En el Sistema Ibérico, sin embargo, la dotación ecológica ha sido menos favorable para el crecimiento de estas funciones turístico-residenciales, que

solo en los últimos cinco años parecen emerger como una posible alternativa para el futuro. No parece descabellado atribuir a esta divergencia buena parte de los dispares resultados demográficos del Pirineo y el Sistema Ibérico durante las tres últimas décadas.

Quizá la especialización turístico-residencial haya sido la alternativa menos fallida (en términos demográficos) de las ensayadas tras la crisis de la economía tradicional de montaña, pero ha sido una alternativa tardía y muy concentrada en el espacio. En perspectiva de largo plazo, la adaptación de la montaña aragonesa al nuevo escenario creado tras el Antiguo Régimen se ha producido más bien a través de la contracción de su tamaño económico y demográfico. En el próximo apartado intentamos sintetizar los principales factores explicativos de este declive secular.

4. LAS CAUSAS DEL DECLIVE DEMOGRÁFICO Y ECONÓMICO

La crisis de la economía de montaña tradicional y las debilidades de las nuevas alternativas productivas puestas en práctica durante los siglos XIX y XX confirieron a estas comarcas aragonesas elevadas potencialidades migratorias. Podemos distinguir al menos tres factores que impidieron un mayor éxito, tanto en términos económicos como demográficos: la mala dotación de infraestructuras de transporte (cuadro 7), las restricciones ecológicas y las dificultades de acceso a determinados bienes y servicios.

CUADRO 7. DOTACIÓN DE INFRAESTRUCTURAS Y SERVICIOS

	Pirineo	Sistema Ibérico	Total montaña española	España no montañosa
Densidad ferroviaria (metros de vía férrea por km²)				
1880	-	-	4,3	17,8
1900	7,4	-	9,5	30,8
1920	7,4	5,6	12,5	37,2
1942	12,0	5,6	15,2	40,7
1963	12,0	5,6	17,5	40,0
1994	12,0	-	14,9	30,2
Densidad viaria (metros de carretera por km²)				
1896	12,5	11,5	21,5	35,1
1957	75,9	19,8	55,4	137,2
2002	82,5	55,0	68,0	185,7
Dotación comercial relativa (España = 100)				
1963	34	28	43	114
2000	50	47	40	117

Hasta principios del siglo XX, buena parte de los municipios de los altos valles pirenaicos o las accidentadas sierras turolenses solo serán accesibles a través de caminos de herradura impracticables incluso para los carros. Mientras que otros territorios (por ejemplo, las tierras llanas aragonesas) contaron desde la década de 1860 con comunicaciones excepcionales gracias al nuevo tendido ferroviario, la montaña quedó en buena medida aislada. La llegada del ferrocarril se produjo ya en los comienzos del siglo XX y de manera débil incluso en relación con las otras economías de montaña españolas. El retraso en la construcción de carreteras fue igualmente evidente y, si el Pirineo ha logrado mejorar su dotación relativa (a otras zonas de montaña españolas) a lo largo del siglo XX, el Sistema Ibérico se ha mantenido en una situación de infradotación crónica. Estas dificultades en las comunicaciones afectaban tanto a las producciones agrarias de la montaña como a las posibilidades de esta para

desarrollar un sector industrial moderno que transformara las materias primas y recursos naturales de la zona. No parece casualidad que el principal núcleo industrial del Pirineo (Sabiñánigo) y el principal foco turístico-residencial (Jaca) hayan disfrutado de comunicaciones relativamente buenas (Ayuda y Pinilla, 2002).

En segundo lugar es preciso considerar los obstáculos impuestos por la dotación geográfica y ecológica. Si el desarrollo industrial era poco menos que una quimera (dados los altos costes de comunicación y las desventajas frente a los núcleos que disfrutaban de economías de aglomeración y escala), el desarrollo agrario, que en principio podría estar orientado hacia actividades intensivas en determinados recursos naturales, también contó con problemas. La relativa lejanía de los principales mercados de consumo (potenciada por la ya reseñada infradotación viaria) impidió una reconversión más profunda de la ganadería pirenaica hacia el vacuno o el porcino, al estilo de la registrada en las comarcas pirenaicas de Cataluña (próximas al enorme mercado de Barcelona); y, en el Sistema Ibérico, el bajo índice de humedad añadía un obstáculo adicional. Al mismo tiempo, las líneas agrícolas que más crecieron en las tierras llanas de Aragón o del conjunto de España durante la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del XX, como los cereales, la remolacha azucarera y la horticultura, eran ecológicamente inviables en estas áreas de montaña. Por su parte, las ventajas ecológicas de cara a la adopción de funciones turístico-residenciales solo han operado de forma tardía y poco generalizada.

Y, en tercer lugar, y como consecuencia más o menos retardada de lo anterior, se manifestaron importantes brechas en términos de calidad de vida, por ejemplo en el acceso a bienes y servicios públicos. Este problema, también agravado por las malas comunicaciones, se inscribe asimismo dentro de la gama de inconvenientes (absolutos y relativos) con que cuentan los territorios poco densamente habitados. En este sentido, la montaña aragonesa siempre marchó por detrás de lo que era común en

el resto de la montaña española; hoy día, convertidas estas comarcas en un desierto demográfico por mor de una despoblación particularmente prolongada e intensa, la vida permanente en las mismas debe afrontar los inconvenientes económicos, sociales y psicológicos asociados a bajas densidades de población. La pobre dotación de establecimientos comerciales (que incorpora las dificultades de acceso a los mismos) puede ser uno de los numerosos ejemplos posibles (cuadro 7).

Estos factores fueron algunos de los que más contribuyeron a crear en la montaña aragonesa una elevada potencialidad migratoria. La transformación de dicha potencialidad en migración efectiva es el último elemento que debemos repasar. Durante la segunda mitad del siglo XX (y, en particular, durante el tercer cuarto de siglo), la transformación no encontró grandes obstáculos y la expansión de la demanda de trabajo en los núcleos urbanos implicó la aceleración del declive demográfico de estos territorios. Lo que resulta distintivo del caso aragonés frente al de otras regiones es, sin embargo, que el declive demográfico estuviera ya claramente en marcha antes de 1950. Una explicación de esta pauta centrada exclusivamente en la crisis de la economía tradicional y la debilidad de las alternativas resultaría insuficiente, ya que en España hubo otras áreas de montaña (sobre todo en la mitad sur del país) que, con unos niveles de vida inferiores (y, por tanto, con potencialidades migratorias incluso más elevadas), mantuvieron trayectorias demográficas poco o nada declinantes.

¿Qué marcó la diferencia en el caso de la montaña aragonesa en este periodo previo a 1950? Probablemente la relativa proximidad a buena parte de los principales núcleos industriales del país, que hacía comparativamente reducidos los costes asociados al desplazamiento y a la obtención de información, aumentando así el grado de sensibilidad de la respuesta migratoria adoptada ante el bajo nivel de vida de los territorios de origen (Silvestre, 2002). Hay que tener en cuenta que, durante este periodo, las principales ciudades industriales españolas conformaron el

lugar central de cuencas migratorias compuestas por territorios relativamente próximos a ellas (Silvestre, 2001). Los principales destinos de la emigración procedente de la montaña aragonesa (Barcelona, Zaragoza y Valencia) han acumulado un stock muy importante de personas originarias de estos lugares, que en la actualidad supera en algunos casos a la propia población residente en las comarcas de montaña de origen, sobre todo en el Sistema Ibérico (Gavín, coord., 2002). Asimismo, la precocidad de estos desplazamientos favoreció la formación de densas redes migratorias que tendieron a retroalimentar el proceso, asegurando casi hasta nuestros días la persistencia de estos flujos de población.

En otras economías de montaña españolas, en cambio, la distancia a los puntos de destino, combinada en ocasiones con los efectos «inmovilizadores» del analfabetismo, permitió la acumulación de una reserva demográfica que solo comenzó a vaciarse con intensidad durante el tercer cuarto del siglo xx.

5. CONCLUSIÓN

La despoblación ha sido un proceso secular e intenso en la montaña aragonesa. A lo largo del siglo XIX, su modelo económico tradicional quedó desarticulado debido a la crisis de la trashumancia, la inviabilidad de las viejas formas de producción agrícola con destino al autoconsumo y la destrucción de la industria textil dispersa. El nuevo escenario ofrecía algunas posibles alternativas en sectores como la ganadería, la producción maderera, la producción minero-energética o las actividades relacionadas con el turismo y las residencias secundarias. Solo estas últimas actividades han mostrado cierta capacidad para alterar significativamente las trayectorias demográficas, pero lo han hecho de manera tardía y han estado circunscritas a una pequeña porción del espacio estudiado. Por su parte, la débil reconversión de la cabaña ganadera y los escasos efectos

de arrastre generados por la madera o los recursos energéticos muestran el carácter relativamente fallido del establecimiento de alternativas a la crisis de la economía tradicional. El modo de ajuste a las nuevas condiciones fue más bien la reducción del tamaño demográfico y económico de las comunidades afectadas. Las desventajas ecológicas pueden ser en parte responsables de este declive, pero también habría que considerar las consecuencias de la escasa presencia de vías férreas y carreteras, así como los inconvenientes genéricamente asociados a la vida en espacios poco densamente habitados (como ya eran los de la montaña aragonesa antes del inicio de la despoblación). Asimismo, la relativa proximidad de los principales focos de industrialización (en especial, a Barcelona) facilitó un desencadenamiento particularmente temprano del declive.

REFERENCIAS

- Acín, J. L., Pinilla, V. (eds.) (1995): *Pueblos abandonados: ¿un mundo perdido?* Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses.
- Albera, D., Corti, P. (eds.) (2000): *La montagna mediterranea: una fabbrica d'uomini? Mobilità e migrazioni in una prospettiva comparata (secoli XV-XX)*. Cuneo, Gribaudo.
- Audenino, P. (2000): «La mobilità artigianale nelle Alpi italiane», en D. Albera and P. Corti (eds.), *La montagna mediterranea: una fabbrica d'uomini? Mobilità e migrazioni in una prospettiva comparata (secoli XV-XX)*, Cuneo, Gribaudo, pp. 93-108.
- Ayuda, M. I., Pinilla, V. (2002): «El proceso de desertización demográfica de la montaña pirenaica en el largo plazo: Aragón», *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, 2, pp. 101-138. https://ruralager.org/wp-content/uploads/Ager-02_4.pdf
- Collantes, F. (2001a): «El declive demográfico de la montaña española, 1860-1991: revisión crítica de propuestas teóricas», *Historia Agraria*, 24, pp. 203-225.
- (2001b): «La montaña española en el desarrollo capitalista, 1860-1991: periferización segura, difusión condicionada», *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, 1, pp. 9-45. https://ruralager.org/wp-content/uploads/Ager-01_1.pdf

- (2003): *El declive demográfico y económico de las zonas de montaña en España: un análisis a largo plazo (1850-2000)* (Tesis doctoral inédita, Santander).
- Comín, F., Hernández, M., Llopis, E. (eds.) (2002): *Historia económica de España. Siglos X-XX*. Barcelona, Crítica.
- Domínguez, R. (2001): «Las transformaciones del sector ganadero en España (1940-1985)», *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, 1, pp. 47-84. https://ruralager.org/wp-content/uploads/Ager-01_2-.pdf
- Gavín, M. L. (coord.) (2002): *Nacidos en Aragón residentes en otras Comunidades Autónomas. Padrón municipal de habitantes a 1 de enero de 2000* (Zaragoza).
- Germán, L. (ed.) (1991): *Eléctricas Reunidas de Zaragoza (1910-1990). El desarrollo del sector eléctrico en Aragón*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- Godde, P. M.; Price, M. F. and Zimmermann, F. M. (eds.) (2000): *Tourism and Development in Mountain Regions*. Wallingford, CABI Publishing.
- Gómez Benito, C.; Ramos, E.; Sancho, R. (1987): *La política socioestructural en zonas de agricultura de montaña en España y la CEE*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente.
- Granet-Abisset, A. M. (2000): «La partenza verso l'America: miti e relata di un'emigrazione alpina oltre-atlantico nel XIX secolo», in D. Albera and P. Corti (eds.), *La montagna mediterranea: una fabbrica d'uomini? Mobilità e migrazioni in una prospettiva comparata (secoli XV-XX)*, Cuneo, Gribaudo, pp. 109-119.
- Grupo de Estudios de Historia Rural (1994): «Más allá de la «propiedad perfecta». El proceso de privatización de los montes públicos españoles (1859-1926)», *Historia Agraria*, 8, pp. 99-152.
- Herranz, A. (1995): «La construcción de pantanos y su impacto sobre la economía y población del Pirineo aragonés», en J. L. Acín y V. Pinilla (eds.), *Pueblos abandonados: ¿un mundo perdido?*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses, pp. 79-101.
- Hirschman, A. O. (1958): *The strategy of economic development*. New Haven, Yale University Press.
- Hodgson, G. (1996): *Economics and evolution: Bringing life back into economics*. University of Michigan Press.
- Iriarte, I. (2002): «Common Lands in Spain, 1800-1995: Persistence, Change and Adaptation», *Rural History*, 13 (1), pp. 19-37.
- Krugman, P. (1997): *Development, Geography and Economic Theory*. Cambridge, The MIT Press.

- Kuznets, S. (1966): *Modern economic growth: rate, structure, and spread*. New Haven / London, Yale University Press.
- McNeill, J. R. (1992): *The Mountains of the Mediterranean World. An Environmental History*. New York, Cambridge University Press.
- Myrdal, G. (1957): *Economic theory and under-developed regions*. London, Gerald Duckworth & Co Ltd.
- Nadal, J. (1975): *El fracaso de la Revolución industrial en España, 1814-1913*. Barcelona, Ariel.
- Naredo, J. M. 1996. *La evolución de la agricultura en España (1940-1990)*. Madrid, Siglo XXI.
- Quaini, M. (2000): «Dalla Corsica alle Alpi marittime: alla ricerca di un laboratorio storico sulla montagna mediterranea», en D. Albera and P. Corti (eds.), *La montagna mediterranea: una fabbrica d'uomini? Mobilità e migrazioni in una prospettiva comparata (secoli XV-XX)*, Cuneo, Gribaudi, pp. 181-192.
- Peiró, A. (2001): *Tiempo de industria. Las Tierras Altas turolenses, de la riqueza a la despoblación*. Zaragoza, CEDDAR.
- Perroux, F. (1988): «The pole of development's new place in a general theory of economic activity», in B. Higgins and D.J. Savoie (eds.), *Regional economic development: essays in honour of François Perroux*, Boston, Routledge, pp. 48-76.
- Pinilla, V. (1995): *Entre la inercia y el cambio. El sector agrario aragonés, 1850-1935*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente.
- Prados de la Escosura, L. (1988): *De imperio a nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930)*. Madrid, Alianza Editorial.
- Ruiz, E. (1998): *El Mas turolense: pervivencia y viabilidad de una explotación agraria tradicional*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- Silvestre, J. (2001): «Viajes de corta distancia: una visión espacial de las migraciones interiores en España, 1877-1930», *Revista de Historia Económica*, XIX, 2, pp. 247-283.
- (2002): «Permanent and Temporary Internal Migrations in Spain, 1877-1936: Determinants and Labour Market Impact», *Working Paper 02/21, Centre for Economic Research, University College Dublin*.
- Tortella, G. (1994): *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*. Madrid, Alianza Editorial.
- Veblen, T. (1998): «Why Is Economics Not an Evolutionary Science?», *Cambridge Journal of Economics*, 22, pp. 403-414.